

te el que no fuere humilde; ni dejarlo de ser, el que lo fuere. Al humilde cualquier cosa se le puede mandar, no asi al que no lo fuere. El humilde no tiene juicio contrario; en todo se conforma con el superior, asi con la obra como con la voluntad y entendimiento, no hay en él contradiccion ni resistencia alguna.

Pues si venimos á la oracion, en que estriba la vida del religioso y del varon espiritual, si no va acompañada de humildad, no tiene valor; y la oracion con humildad penetra los cielos. "La oracion del que se humilla, dice el Sábio (1), penetrará los cielos y no descansará hasta que alcance de Dios todo lo que desea." Aquella santa y humilde Judith, encerrada en su oratorio, vestida de cilicio, cubierta de ceniza, postrada en tierra, clama y da voces: "Siempre os agradó, Señor, la oracion de los humildes y de los mansos de corazón (2)." "Miró Dios á la oracion de los humildes, y no menospreció sus ruegos (3)." "No hayais miedo que sea desechado el humilde, ni que vaya confundido (4);" él alcanzará lo que pide, Dios oirá su oracion. Mirad cuánto agradó á Dios aquella oracion humilde del Publicano del Evangelio, que no osaba alzar los ojos al cielo, ni acercarse al altar, sino allá lejos en un rincón del templo, hiriendo sus pechos con humilde conocimiento, decia: "Señor, habed misericordia de mí, que soy gran pecador (5)." "De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor, que salió este justificado del tem-

(1) Oratio humiliantis se nubes penetrabit, et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec altissimus aspiciat. *Eccl.* XXXV, 21.

(2) Humilium, et mensuetorum semper tibi placuit deprecatio. *Judith.* IX, 10.

(3) Respexit in orationem humilium, et non spreuit preces eorum. *Psalm.* CI, 18.

(4) Ne avertatur humilis factus confusus. *Ps.* LXXIII, 21.

(5) Deus propitius esto mihi peccatori. Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo. *Luc.* XVIII, 13.

plo, y el otro fariseo soberbio, que se tenia por bueno, salió condenado." De esta manera podriamos discurrir por las demas virtudes; y así, si quereis un atajo para alcanzarlas todas, y un documento breve y compendioso para llegar presto á la perfeccion, este es: ser humilde.

CAPITULO IV.

De la necesidad particular que tienen de esta virtud los que profesan ayudar á la salvacion de los prójimos.

"Cuanto fueres mayor, tanto mas te humilla, dice el Sábio (1), y hallarás gracia delante de Dios." Los que profesamos ganar almas para Dios tenemos oficio de grandes; que para nuestra confusion, bien lo podemos decir: hános llamado el Señor á un estado muy alto; porque nuestro Instituto es para servir á la Santa Iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escogió Dios los Apóstoles) que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos y de su Sangre preciosísima; que podemos decir con San Pablo: "Nos dió el ministerio de la reconciliacion (2)." Llama ministerio de reconciliacion la gracia y la predicacion del Evangelio y los Sacramentos por donde se comunica esta gracia. "Hizonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como Apóstoles suyos, legados del Sumo Pontífice Jesucristo; lenguas ó instrumentos del Espíritu Santo. Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas (3);" por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos mas necesidad que otros

(1) Quanto magnus es, humilia te in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. *Eccl.* III, 20.

(2) Dedit nobis ministerium reconciliationis. *II. ad Cor.* V, 18.

(3) Et posuit in nobis verbum reconciliationis, pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos. *ib.* *et* 20.

de la virtud de la humildad, por dos razones: la primera, porque cuanto mas alto es nuestro Instituto y la alteza de nuestra vocacion, tanto es mayor nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes mas altos, dice San Gerónimo, con mayores vientos son combatidos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo; somos tenidos por Santos y por otros Apóstoles en la tierra, y que nuestro trato es todo santidad y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza y gran caudal de virtud es menester para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras y que no se pegue algo al corazón: no todos tienen cabeza para andar en alto: ¡Oh! ¡cuántos se han desvanecido y caído del estado alto en que estaban, por faltarles este fundamento de humildad! ¡Cuántos que parecia que como águilas iban levantados en el ejercicio de las virtudes, por soberbia quedaron hechos mureiégalos! Milagros hacia aquel monge, de quien se escribe en la vida de San Pacomio y Palemon, que andaba sobre las brasas, sin quemarse; empero de aquello mismo se ensoberbeció, y tenia en poco á los otros, y decia de sí mismo: «este es Santo que anda sobre las brasas sin quemarse: ¿cuál de vosotros hará otro tanto?» Corrigióle San Palemon, viendo que era soberbia, y al fin vino á caer miserablemente y acabar mal. Llena está la Escritura y las Historias de los Santos de semejantes ejemplos.

Pues por esto tenemos particular necesidad de estar muy fundados en esta virtud; porque, sino, estamos en gran peligro de desvanecernos y caer en el pecado de soberbia, y en la mayor que hay, que es

la soberbia espiritual. San Buenaventura, declarando esto, dice que hay dos maneras de soberbia: una de las cosas temporales, y á esta llama soberbia carnal; otra de las cosas espirituales, que llama soberbia espiritual; y esta, dice, es mayor soberbia y mayor pecado que la primera, y la razon está clara; porque el soberbio, dice San Buenaventura, es ladron, comete hurto, porque se alza con lo ageno contra la voluntad de su dueño; álzase con la gloria y honra que es propia de Dios y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí, dice él por Isaias (1). Esta quiere hurtar á Dios el soberbio, y alzarse con ella, y atribuirle á sí. Pues cuando uno se ensoberbece de un bien natural, de la nobleza, de la buena disposicion del cuerpo, del buen entendimiento, de las letras ú de otras habilidades semejantes, ladron es; pero no es tan grande el hurto, porque aunque es verdad que todos esos bienes son de Dios, pero son los salvados de su casa; empero el que se ensoberbece de los dones espirituales, de la santidad, del fruto que hace en las almas, ese es gran ladron, robador de la honra de Dios; ladron famoso, que hurta las joyas mas ricas, y de mayor precio y valor delante de Dios que las estimó él tanto que por ellas dió por bien empleada su sangre y vida. Y así, el bienaventurado San Francisco andaba con grande temor de caer en esta soberbia y decia á Dios: «Señor, si algo me diéredes, guardadlo vos, que yo no me atrevo, porque soy un gran ladron que me alzo con vuestra hacienda.» Pues andemos nosotros tambien con este temor, que tenemos mas razon de tenerle, pues no somos tan humildes como San Francisco; no caigamos en esta soberbia tan peligrosa; no nos alce-

(1) Gloriam ipsam a te non dabo. *Isa.* XLII, 8; XLVIII, 11.

mos con la hacienda de Dios, que la trae-
mos entre las manos y ha hecho Dios mu-
cha confianza de nosotros; no se nos pegue
algo, ni nos atribuyamos á nosotros cosa
alguna; volvámoselo todo á Dios.

No sin gran misterio, Cristo nuestro
Redentor, cuando apareció á sus Discípulos
el día de su gloriosa Ascension (1), pri-
mero los reprendió de la incredulidad y
dureza de corazón; y despues les mandó ir
á predicar el Evangelio por todo el mundo,
y les dió poder para hacer muchos y gran-
des milagros, dándonos á entender que
quien ha de ser levantado á grandes cosas,
primero es menester que sea humillado y
se abata en sí mismo y tenga conocimiento
de sus propias flaquezas y miserias, para
que, aunque despues vuele sobre los cie-
los y haga milagros, quede entero en su
propio conocimiento y asido á su propia
bajeza, sin atribuirse á sí mismo otra cosa
sino su indignidad. Teodoreto nota á este
propósito (2), que por esta misma causa,
queriendo Dios elegir á Moisés por capitan
y caudillo de su pueblo y hacer por su
medio tantas maravillas y señales, como
habia de hacer, quiso que primero aquella
mano con que habia de dividir el mar Ber-
mejo y hacer obras tan maravillosas, en-
trándola en el seno, la sacase y viese toda
llena de lepra (3).

La segunda razon por la cual tenemos
mas particular necesidad de humildad, es
para hacer fruto con esos mismos ministe-
rios que tenemos; de manera, que no solo
nos es necesaria la humildad para nos-
otros, para nuestro propio aprovechamien-
to, para que no nos desvanzcamos y en-
soberbeczamos, y así nos perdamos, sino
tambien para ganar á nuestros prójimos y

(1) Marc. XVI, 14.
(2) Teodor. q. 10 sup. Exodum.
(3) Exod. IV, 9.

hacer fruto en sus almas. Uno de los prin-
cipales y mas eficaces medios para esto, es
la humildad, que desconfiemos de nosotros
mismos y no estribemos en nuestras fuer-
zas, industria y prudencia, sino que ponga-
mos toda nuestra confianza en Dios, y á él
lo refiramos y atribuyamos todo, conforme
á aquello del Sábio: "Tén confianza en Dios
de todo tu corazón y no estribes en tu pru-
dencia (1)." Y la razon de esto, como dire-
mos despues mas largamente (2), es, por-
que cuando desconfiados de nosotros pone-
mos toda nuestra confianza en Dios, atribui-
moselo todo á él y hacemosle cargo de todo,
con que le obligamos mucho á que él tome
la mano en ello. «Señor, haced vuestro ne-
gocio; la conversion de las almas negocio
vuestro es y no nuestro: ¿qué parte somos
nosotros para eso? Pero cuando vamos con-
fiados en nuestros medios y en nuestras ra-
zones, hacémonos parte en el negocio, atri-
buyendo mucho á nosotros mismos, y todo
eso quitamos á Dios. Son como las dos ba-
lanzas que cuanto sube la una, baja la otra;
cuanto atribuimos á nosotros, quitamos á
Dios, y nos queremos alzar con la gloria y
honra que es propia suya; y así permite él
que no se haga nada. ¡Y plega al Señor que
no sea esta algunas veces la causa de no
hacer tanto fruto en los prójimos!

De nuestro bienaventurado P. San Ig-
nacio leemos en su vida (3), que con unas
pláticas de doctrina cristiana que hacia en
Roma, llanas y con palabras toscas é im-
propias, porque no sabia bien la lengua
italiana, hacia tan grande fruto en las al-
mas, que en acabando la plática, venian
los oyentes, heridos los corazones de dolor,
gimiendo y sollozando á los pies del confe-
sor, que de lágrimas y sollozos apenas po-

(1) Habe fiduciam in Domino, ex toto corde tuo,
et ne leanitaris prudentiae tuae. Prov. III, 5.
(2) Cap. 10 y 38.
(3) Lib. 3, c. 2, de la Vida de N. P. S. Ignacio.

dian hablar; porque no ponía la fuerza en
las palabras, sino en el espíritu, como
dice San Pablo (1). Iba desconfiado de sí,
y ponía toda su confianza en Dios; y así
él daba tanta fuerza y espíritu á aquellas
palabras toscas é impropias, que parecia que
arrojaba unas como llamas encendidas en
los corazones de los oyentes. Ahora no sé
si el no hacer tanto fruto es que vamos
muy asidos á nuestra prudencia y estri-
bamos y confiamos mucho en nuestros me-
dios, letras y razones, y en el modo de de-
cir las, muy pulido y elegante, y nos vamos
saboreando y contentando mucho de nos-
otros mismos: pues yo haré, dice Dios, que
cuando á vos os parece que habeis dicho
mejores cosas y mas concertadas razones,
y quedais muy contento y ufano, parecién-
doos que habeis hecho algo, entonces ha-
gais menos y se cumpla en vos aquello
que dice el Profeta Oseas: "Dadles, Señor.
¿Qué les dareis? Dadles vientres sin hijos y
pechos áridos (2)." Yo os haré madre este-
ril que no tengais mas que el nombre; el
P. fulano, el P. predicador, con el nombre
solo os quedareis, y no tendreis hijos espi-
rituales; dareos pechos secos, que no se os
peguen hijos, ni se les pegue lo que decís;
que eso merece el que se quiere alzar con
la hacienda de Dios y atribuirse á sí lo que
es propio de su Divina Magestad. No digo
yo que no ha de ir muy bien estudiado y
muy bien mirado lo que se predica; pero
no basta eso, es menester que vaya tam-
bien muy bien llorado, y muy encomendado
á Dios, y que despues que os hayais que-
brado la cabeza en estudiarlo y rumiarlo,
digais: «Siervos somos sin provecho (3).

(1) Non in persuasibilibus humanae sapientiae
verbis, sed in ostensione spiritus, et virtutis. I.
ad Cor. II, 4.
(2) Da eis Domine; quid dabis eis? Da eis vulvam
sine liberis, et ubera arenaria. Oseas IX, 14.
(3) Servi inutilis sumus; quod debuius facere,
fecimus. Luc. XVII, 10.

¿Qué puedo yo hacer? cuando mucho, un
poco de ruido con mis palabras, como la es-
copeta sin pelota; pero el golpe en el cora-
zon, vos, Señor, sois el que le habeis
de dar. Vos, Señor, sois el que habeis
de herir y mover los corazones (1): ¿qué
parte somos nosotros para eso? ¿qué pro-
porcion hay de nuestras palabras, y de
cuantos medios humanos podemos nos-
otros poner, para un fin tan alto y sob-
renatural; como es convertir las almas?
Ninguna. Pues ¿por qué quedamos tan ufa-
nos y tan contentos de nosotros mismos,
cuando nos parece que se hace fruto, y que
nos suceden bien los negocios, como si nos-
otros los hubiéramos acabado? ¿Por ventu-
ra, dice Dios por Isaías (2), gloriarse há la
hacha, ó la sierra, contra el que obra con
ella, diciendo: yo soy la que he aserrado el
madero? Eso es como si el báculo se ensal-
zase y engriese, porque le levantan, siendo
un leño que no se puede menear si no le
menean." Pues de esa manera somos nos-
otros respecto del fin espiritual y sobrenatu-
ral de la conversion de las almas. Somos
como unos leños, que no nos podemos mo-
ver ni menear si Dios no nos menean. Y así,
todo lo habemos de atribuir á él, y no te-
nemos de qué gloriarnos.

Estima Dios tanto que no estribemos en
nuestras fuerzas y medios humanos, y que
no nos atribuyamos nada á nosotros, sino
que todo se lo atribuyamos á él, y á él de-
mos la gloria de todo, que por esto dice San
Pablo que Cristo nuestro Redentor, para la
predicacion de su Evangelio y convertir el
mundo, no quiso escoger letrados, ni hom-
bres elocuentes, sino unos pobres pescado-

(1) Cor Regis in manu Domini; quocumque volue-
rit inclinabit illud. Prov. XXI, 1.
(2) Numquid gloriabitur securis contra eum qui
secat in ea? aut exaltabitur serra contra eum a quo
trahitur? Quomodo si elevatur virga contra ele-
vantem se, et exaltetur baculus, qui utique lignum
est. Isai. X, 13.

res, idiotas y sin letras. "Escogió Dios, dice (1), ignorantes é idiotas para confundir á los sábios del mundo; escogió pobres y flacos, para confundir á los fuertes y poderosos; escogió los bajos y abatidos en el mundo, y que parece que no eran nada en él, para derribar los reyes y emperadores y todos los grandes de la tierra." ¿Sabéis por qué? dice San Pablo: "Para que no se glorie el hombre delante de Dios, ni tenga ocasion de atribuirse nada á sí, sino que todo lo atribuya á Dios y á él dé la gloria de todo (2)." Si los predicadores del Evangelio fueran muy ricos y poderosos, y con mucha gente de mano armada fueran por ese mundo á predicar el Evangelio, pudiérase atribuir la conversion al poder y fuerza de armas: si escogiera Dios para eso grandes letrados y grandes retóricos del mundo, que con sus letras y elocuencia convencieran á los filósofos, pudiérase atribuir la conversion á su elocuencia y á la sutileza de sus argumentos, y disminuirase con eso el crédito y reputacion de la virtud de Cristo. Pues no de esa manera, dice el Apóstol San Pablo: "No quiso Dios que fuese con sabiduría y elocuencia de palabras, para que no se menoscabase la estima de la virtud y eficacia de la Cruz y Pasion de Cristo (3)." Dice San Agustin: "Nuestro Señor Jesucristo, queriendo quebrantar y abajar las cervices de los soberbios, no buscó pescadores por oradores, sino por unos pobres pescadores derribó y ganó á los oradores y á los emperadores. Gran retó-

(1) Quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret. *I. ad Cor. I, 27.*

(2) Ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus, sed quemadmodum scriptum est (*Jerem. IX, 23*): qui gloriatur, in Domino gloriatur. *I. ad Cor. I, 31.*

(3) Non in sapientia verbi, ut non evacuatur Crux Christi. *I. ad Cor. I, 17.*

rico y orador fué San Cipriano, pero primero fué un San Pedro pescador, por medio del cual creyese y se convirtiese, no solo el orador, sino tambien el emperador (4)."

Llena está la Sagrada Escritura de ejemplos en que escogia Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para enseñarnos esta verdad y que quedase muy fijo en nuestros corazones, que no tenemos de qué gloriarnos, ni qué atribuir nada á nosotros, sino todo á Dios. Eso nos quiso decir aquella insigne victoria de Judit, una muger flaca contra un ejército de mas de ciento cincuenta mil hombres. Eso nos dice lo de un pastoreico David, que muchacho y sin armas, con su honda, derribó al gigante Goliat. "Para que sepa todo el mundo, dice (2), que hay Dios en Israel, y entiendan todos que no ha menester Dios espada ni lanza para vencer, porque suya es la batalla y suya es la victoria;" y para que esto se entienda, la quiere él dar sin armas. Este fué tambien el misterio de Gedeon, el cual habia juntado treinta y dos mil hombres contra los Madianitas, que eran mas de ciento treinta mil, y dícele Dios: "Gedeon, mucha gente tienes; con tanta gente no podrás vencer (3)." Mirad qué razon de Dios; «no podreis vencer, porque sois muchos.» Si dijera: «no podreis vencer, porque ellos son muchos, y vosotros pocos,» parece que llevaba camino. Engañáis-os, no lo entendeis, esa fuera razon

(1) Dominus noster Jesus Christus volens superiorum frangere cervices, non quaesivit per oratorem piscatorem, sed e piscatore, lucratus est imperatorem. Magnus Cyprianus orator, sed prius Petrus piscator, per quem postea crederet, non solum orator, sed et imperator. *Aug. trat. 7, sup. Joann.*

(2) Ut sciat omnis terra, quia est Deus in Israel, et noverit universa Ecclesia haec, quia non in gladio, nec in hasta salvat Dominus, ipsius enim est bellum. *I. Reg. XVII, 42.*

(3) Multus tecum est populus, nec tradetur Madian in manus ejus. *Judicum VII, 2.*

de hombres, esotra es razon propia de Dios; «no podreis vencer, dice Dios, porque sois muchos;» ¿por qué? "Porque no se glorie contra mí Israel, y se alce con la victoria y quede muy ufano, pensando que con sus fuerzas ha vencido (1)." Da Dios traza que solo queden trescientos hombres con Gedeon, y con esos le manda que presente la batalla al enemigo, y con ellos le dió victoria. Y aun no fué menester que se pusiesen en armas, ni que echasen mano á las espadas, sino solo con el sonido de las trompetas, que llevaban en la mano, y con el ruido del quebrar cántaros y el resplandor de las hachas encendidas, que llevaban en la otra mano, causó Dios tanto terror y espanto en los enemigos que unos á otros se atropellaban y mataban, huyendo, pensando que venia todo el mundo sobre ellos. Ahora no direis que por vuestras fuerzas habeis vencido. Eso es lo que pretende Dios. Pues si en las cosas temporales y humanas, en las cuales nuestros medios tienen alguna proporcion con el fin, y nuestras fuerzas con la victoria, no quiere Dios que nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, sino que la victoria de la batalla y el buen suceso de los negocios, todo se le atribuya á él; si aun en las cosas naturales, ni el que planta, ni el que riega es algo, no es el hortelano el que hace crecer las plantas y dar fruto á los árboles, sino Dios; ¿qué será en las cosas espirituales y sobrenaturales de la conversion de las almas, y de su aprovechamiento y crecimiento en virtud, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás, que ninguna proporcion tienen con tan alto fin? Y asi dice el Apóstol San Pablo: "Ni el que planta es algo, ni el que

riega, sino Dios solo es el que puede dar el crecimiento y fruto espiritual (1)." Dios solo es el que puede poner terror y espanto en los corazones de los hombres: Dios solo es el que puede hacer que los hombres aborrezcan los pecados y dejen la mala vida, que nosotros solamente podemos hacer un poco de ruido con la trompeta de su Evangelio; y si quebrantamos los cántaros de nuestros cuerpos con la mortificacion para que nuestra luz resplandezca delante de los hombres con vida muy ejemplar, no haremos poco, con eso Dios dará la victoria.

Saquemos de aqui dos cosas que ayudarán mucho para ejercitar nuestros ministerios con mucho consuelo y aprovechamiento, asi nuestro como de los prójimos. La primera, lo que está dicho, que desconfiemos de nosotros y pongamos toda nuestra confianza en Dios, y todo el fruto y buen suceso de los negocios se lo atribuyamos á él. Dice San Crisóstomo: «No nos ensoberbezcamos, sino confesémonos por inútiles, para que asi seamos útiles y provechosos (2).» Y San Ambrosio dice (3): «Si quereis hacer mucho fruto en los prójimos, guardad aquel documento que nos enseña el Apóstol San Pedro:» "El que habla, haga cuenta que Dios puso aquellas palabras en su boca; el que obra, haga cuenta que Dios es el que obra por él, y déle á él la gloria y honra de todo (4)." No nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, ni nos alzemos con nada, ni tomemos

(1) Itaque, neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus. *I. ad Cor. III, 7.*

(2) Nolimus igitur extolli, sed et nos dicamus inutiles, ut utiles efficiamur. *Chrysost. hom. 38, ad populum Antiochenum.*

(3) *Ambr. epist. 4 ad sacram virginem Demetr.*

(4) Si quis loquitur quasi sermones Dei, si quis ministrat tamquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum, cui est gloria, et imperium in saecula saeculorum. Amen. *I. Pet. IV, 11.*

(1) Ne gloriatur contra me Israel, et dicat meis victibus liberatus sum. *Ib.*

vano contentamiento en ello. La segunda cosa que tenemos de sacar, es, no desanimarnos, ni desconfiar, viendo nuestra poquedad y miseria. De lo cual tenemos tambien mucha necesidad; porque ¿quién viéndose llamado á un fin é instituto tan alto y sobrenatural, como es convertir almas, sacralas de pecados, de heregias é infidelidad; quién poniendo los ojos en sí no desmayará? «¡Jesus! ¡qué desproporcion tan grande! No dice á mi esa empresa, que yo soy mas necesitado y mas miserable que todos.» ¡Oh! qué engañado estais, antes por eso dice á vos esa empresa. No podía acabar de creer Moisés que él habia de hacer una obra tan grande, como era sacar el pueblo de Israel del cautiverio de Egipto, y escusábase con Dios que le enviaba á eso: «¿Quién soy yo, para ir á tratar con el rey y hacer que deje salir el pueblo de Israel de Egipto (1)?» «Enviad, Señor, á quien habeis de enviar (2);» que yo no soy para eso, que soy tartamudo. Eso es lo que yo he menester, dice Dios: que no lo has de hacer tú, yo seré contigo, y te enseñaré lo que has de hablar (3). Lo mismo aconteció al Profeta Jeremías: enviábale Dios á predicar á las gentes, y comienza á excusarse: «A, a, a. ¿No veis, Señor, que no acierto á hablar, que soy niño (4)?» ¿cómo me quereis enviar á una empresa tan grande? Y aun por esto, que bien estais en la cuenta, esto es lo que anda Dios á buscar; antes, si tuviéades muchas partes, por ventura no os escogiera Dios para eso, porque no os alzáades con ello y os atribuyéades á vos algo.

(1) Quis sum ego ut vadam ad Pharaonem, et educam filios Israel de Aegypto? *Exod.* III, 11.

(2) Obsecro, Domine, mitte quem missurus es. *Exod.* IV, 11.

(3) Ego ero in ore tuo, doceboque te quid loquaris. *Ibid.*

(4) A, a, a. Domine Deus, ecce nescio loqui, quia puer ego sum. *Jeremiae* I, 6.

Anda Dios á escoger gente humilde, gente que no se atribuya nada á sí, y por eso quiere hacer cosas grandes.

Cuentan los sagrados Evangelistas que, viniendo de predicar los Apóstoles, viendo Cristo nuestro Redentor el fruto y maravillas grandes que habian hecho, se recogió en Espiritu Santo, y comenzó á glorificar y dar gracias á su Padre Eterno: «Gracias te doy, Padre Eterno, Señor del cielo y la tierra, que escondiste estas cosas á los sábios y prudentes del mundo, y las revelaste y comunicaste á los pequeños, y por ellos quieres hacer tantas maravillas y milagros: bendito y alabado seas, Señor, para siempre, porque os ha placido hacerlo así (1).» ¡Oh! dichosos los pequeños, dichosos los humildes, los que no se atribuyen nada á sí, porque ellos son los que levanta Dios; esos son por quien hace las maravillas; á esos toma él por instrumento para hacer grandes cosas, grandes conversiones y grande fruto en las almas! Por eso nadie desconfie, nadie se desanime. No quieras temer, manada pequeña, no desmayes, ni te desanimes, Compañía minima de Jesus, por verte pequeña y la mas mínima de todas, porque le ha placido á vuestro Padre celestial de franquearos las almas y corazones de los hombres (2). Yo seré con vosotros, dijo Cristo nuestro Redentor á nuestro P. S. Ignacio cuando le apareció yendo á Roma; yo os ayudaré, yo seré en vuestra compañía (3); y por este milagro y aparicion maravillosa se le dió á esta Religion este nombre y apellido de la Compañía de Jesus,

(1) In ipsa hora exultavit Spiritu Sancto, et dixit: confiteor tibi, Pater, Domino coeli, et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis; ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. *Luc.* X, 21. — *Math.* XI, 25.

(2) Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. *Luc.* XII, 32.

(3) Ego vobis Romae propitius ero. *Lib.* 2, *vitalis S. P. N. Ignatii, cap.* 11.

para que entendamos que no somos llamados á la Compañía y orden de San Ignacio, sino á la Compañía de Jesus, y tengamos por cierto que Jesus será siempre en nuestra ayuda, como él se lo prometió á nuestro Padre, y que á él tenemos por caudillo y capitan, y así no nos cansemos ni desmayemos en esta empresa tan grande de ayudar á las almas á que Dios nos ha llamado.

CAPITULO V.

Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco y sentir bajamente de sí mismo.

San Laurencio Justiniano dice que ninguno conoce bien qué es humildad, sino el que ha recibido de Dios ser humilde. Es cosa muy difícil de conocer. En ninguna cosa se engaña tanto el hombre, dice el Santo, como en conocer la verdadera humildad. ¿Pensais que consiste en decir que soy un miserable, y que soy un soberbio? Si en esto consistiera, bien fácil cosa fuera; todos fuéramos humildes, porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales; ¡plegue al Señor que lo sintamos así y que no lo digamos solamente con la boca y por cumplimiento! ¿Pensais que consiste la humildad en traer vestidos viles y despreciados, ó en andar en oficios bajos y humildes? No consiste en eso, porque ahí puede haber tambien mucha soberbia y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y mas humilde que otros, que es la fina soberbia. Verdad es que ayudan mucho estas cosas exteriores á la verdadera humildad, si se toman como deben, como adelante diremos (1); pero, al fin, no consiste en eso la humildad. Muchos, dice San Gerónimo,

siguen la sombra y apariencia de humildad (1); fácil cosa es traer la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces, y á cada palabra llamarse miserables y pecadores; pero si á esos les tocais con una palabra, aunque sea muy liviana, luego vereis cuán lejos están de la verdadera humildad: cesen todas las palabras fingidas, vayan fuera todas esas hipocresias y esterioridades; que el verdadero humilde, en la paciencia y sufrimiento se echa de ver; esa, dice San Gerónimo, es la piedra de toque donde se conoce la verdadera humildad.

San Bernardo descende mas en particular á declarar en qué consiste esta virtud, y pone esta definicion: «La humildad es una virtud, con la cual el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco á sí mismo (2).» No está la humildad en palabras ni en cosas esteriores, sino en lo intimo del corazon, en un sentir bajisimamente de sí mismo, en tenerse en poco, y en desear ser tenido de los otros en baja reputacion, que nazca de un profundísimo conocimiento propio.

Para declarar y desmenuzar esto, ponen los Santos muchos grados de humildad. El bienaventurado San Benito, á quien sigue Santo Tomás y otros Santos (3), pone doce grados; San Anselmo pone siete (4); San Buenaventura los reduce á tres (5); y esto seguiremos ahora, por causa de mas brevedad; y para que recogiendo la doctrina á menos puntos, la tengamos mas delante de los ojos para ponerla

(1) Multi humilitatis umbram, veritatem pauci secantur. Auferantur omnia signa verborum, cessent simulati gestus, verum humilem patientiam ostendit. *Hieron. epist.* 27.

(2) Humilitas est virtus, qua homo verissima sui agnitione sibi ipsi vilescit. *Bernard., tract. de gradibus humilitatis.*

(3) S. Thom. 2-2, q. 161, art. 6.

(4) Anselm., *lib. de similitudinibus.*

(5) Bonav. *processu & Religionis, cap.* 22. (1)

(1) Cap. XXIII y siguientes.

por obra. El primer grado de humildad, dice San Buenaventura, es que se tenga uno a sí mismo en poco y sienta bajamente de sí; y el medio único y necesario para esto es el propio conocimiento. Estas dos cosas son las que comprende la definición de la humildad de San Bernardo, y así solo comprende este primer grado. La humildad es una virtud con la cual el hombre se tiene en poco a sí mismo: veis ahí lo primero. Y esto hace, dice San Bernardo, teniendo verdadero conocimiento de sí y de sus miserias y defectos. Por esto ponen algunos por primer grado de humildad el conocimiento propio, y con mucha razón. Pero nosotros, como reducimos todos los grados, á tres con San Buenaventura, ponemos por primer grado de humildad el tenerse uno a sí mismo en poco; y al conocimiento propio, ponémosle por medio necesario para alcanzar este grado de humildad; pero en la sustancia todo es uno. Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad y tenernos en lo que somos. Por que cómo habéis de tener á uno en lo que es, si no le conocéis? No puede ser: es menester que primero conozcáis quién es, y así le tendréis y honraráis como á tal. Así, es menester que primero os conozcáis quién sois, y despues tenéos en lo que sois, que para esto licencia tenéis; porque si os tenéis en lo que sois, seréis bien humilde, porque os tendréis en muy poco; pero si os queréis tener en mas de lo que sois, eso es soberbia. «Por eso se llama uno soberbio, dice San Isidoro (1), porque se tiene y quiere ser tenido sobre lo que es y en mas de lo que es.» Y esta es una de las razones que dan algunos de amar Dios tanto la humil-

(1) Superbus dicitur est, quia super vult videri quam est. Isidor. lib. Etimologiarum.

dad, porque es muy amigo de la verdad, y la humildad es verdad, y la soberbia y presunción es mentira y engaño; porque no sois vos lo que pensáis, ni lo que queréis que los otros piensen que sois. Pues si quereis andar en verdad y en humildad tenéos en lo que sois. Por cierto, que no parece que pedimos mucho en pedirnos que os tengáis en lo que sois y que no os queráis tener en mas, porque no es razon que nadie se tenga en mas de lo que es, antes seria grande engaño, y muy peligroso, andar uno engañado en sí mismo, teniendo por otro de lo que es.

CAPITULO VI.

Del propio conocimiento, que es la raíz y el medio necesario para alcanzar la humildad.

Comencemos á cavar y ahondar en lo que somos y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, para que así descubramos este riquísimo tesoro. Dice San Gerónimo: «Entre este estiércol de vuestra baja y de vuestros pecados y miserias, hallareis esta margarita preciosa de la humildad (1).» Comencemos del ser corporal, sea esta la primera azadonada. Dice San Bernardo: «Estas tres cosas ten siempre delante de los ojos: ¿qué fuiste? ¿qué eres? ¿qué serás? Ten siempre delante de los ojos lo que fuistes antes de tu generación, que es una materia hedionda y sucia que no se puede decir; qué eres ahora, que es un vaso de estiércol que serás de aquí á poco, que será manjar de gusanos (2).» Bien tenemos aquí qué meditar y

(1) Drachma perit et tamen invenitur in stercore. Hieron. ad Rusticum.

(2) Ista tria semper in mente habeas, quid fuisti? quid es? quid eris? Quid fuisti? quia sperma foetidum. Quid es? quia vas stercoreum. Quid eris? quia esca vermium. Bernard. in formula honestae vitae.

en qué ahondar. Dice muy bien Inocencio, Papa: «¡Oh condicion baja y vil de la naturaleza humana! Mira los árboles y las yerbas del campo, y hallarás que ellas producen y echan de sí flores, hojas y frutos muy buenos; y el hombre produce y cria de sí mil sabandijas. Las plantas y los árboles producen de sí aceite, vino y bálsamo, y echan de sí un olor muy suave; el hombre echa de sí mil inmundicias y un hedor abominable que pone asco pensar en ello, cuanto mas decirlo. Al fin, cual es el árbol, tal es el fruto, porque el árbol malo no puede llevar fruto bueno (1).» Con mucha razón, por cierto, y con mucha propiedad comparan los Santos al cuerpo humano á un muladar cubierto de nieve, que por de fuera parece blanco y dentro está lleno de inmundicias y suciedades. Dice el bienaventurado San Bernardo: «Si os poneis á considerar lo que echáis por los ojos, oídos, boca y narices y por los demas albañares del cuerpo, no hay muladar tan sucio, ni que tales cosas eche de sí (2).» ¡Oh, qué bien dijo el Santo Job! ¿Qué es el hombre sino un poco de podre y un manantial de gusanos? «A la podre dije: tú eres mi padre.» La semejanza que hay de podre á padre, esa y mas hay de nosotros á la podre. «Y á los gusanos dije: vosotros sois mi madre y mis hermanos (3).» eso es el hombre, un manantial de podre y un costal de gu-

(1) O vilis conditionis humanae indignitas! O indignae vilitatis humanae conditio! Herbas, et arbores investiga, illae de se producant flores et frondes, et fructus, et tu de te lendes, et pediculos, et lumbricos. — Illae de se efundunt oleum, vinum, et balsamum, et tu de te spatam, urinam, et sterces; illae de se spirant suavitatis odorem, et tu de te reddis abominationem factoris. Qualis arbor, talis fructus; non enim potest arbor mala fructus bonos ferere. Innoc. Papa, lib. 8 de Contemptu mundi, c. 8.

(2) Si diligenter consideres, quid per os, et nares, caeterosque corporis meatus egrediat, villus sterquilinum nunquam videris. Bernard. c. 3 Meditationum.

(3) Putredini dixi, pater meus es; mater mea et soror mea, vermibus. Job. XVII, 14.

sanos. ¿Pues de qué nos ensoberbecemos? «¿De qué se ensoberbeca el polvo y la ceniza (1)?» De aquí á lo menos no tenemos de qué nos ensoberbecer, sino harto de que nos humillar y tener en poco. Y así dice San Gregorio: «La guarda de la humildad es acordarnos de nuestra propia fealdad (2).» Debajo de esta ceniza se conserva ella muy bien.

Resemos adelante, cavemos y ahondemos un poco mas, demos otra azadonada, mirad quién érades antes que Dios os criase, y hallareis que érades nada, y que no podíades vos salir de aquellas tinieblas del no ser, sino que Dios, por su bondad y misericordia, os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas dándoos el verdadero y real ser que tenéis. De manera que cuanto es de nuestra parte, somos nada; y así, nos habemos de tener por iguales de nuestra parte á las cosas que no son, y atribuir á Dios la ventaja que les llevamos. Eso es lo que dice San Pablo: «Si alguno piensa que es algo, engañase, que nada es (3).» Gran mina se nos descubre aquí para enriquecernos de humildad.

Y aun hay mas en esto, que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos; no es como cuando el oficial hizo la casa, que despues de edificada la dejó, y ella se sustenta sin tener necesidad del oficial que la hizo; no es así en nosotros, sino que despues de criados, tenemos tanta necesidad de Dios cada momento de nuestra vida, para no perder el ser que tenemos, como la tuvimos para, siendo nada, alcanzar el ser. Él nos está siempre sustentando y teniendo con su mano poderosa para que no

(1) Quid superbit terra, et cinis? Eccles. X, 9.

(2) Custos humilitatis est recordatio propriae fealditatis. Greg.

(3) Si quis existimat se aliquid esse, quia nihil est, ipse se seducit. 1^a Cor. VI, 2.